

NO

A donde vayan...

En los primeros diez años de la agrupación **H.I.J.O.S.**, la ciudad pudo saber cerca de cincuenta veces dónde estaban escondidos los asesinos de la última dictadura militar. A casi 30 años del Golpe, el **NO** cuenta el trasfondo de una ingeniería que permitió acrecentar la indignación frente al terrorismo de Estado. Aquí, el "making off" del reciente **escrache a Videla**.

JUEVES 23
DE MARZO
DE 2006.
AÑO 12.
Nº 745.
SUPLEMENTO
JOVEN DE
Página/12





JUAN DI NATALE Y LOS ROCK & POP AWARDS

La pretensión del ágora

POR MARIANO BLEJMAN

¿Quién tiene la verdad sobre el mundo del rock? O mejor, ¿quién es “el” rock? O peor, ¿puede una radio ser juez? Bueno, puede. Al menos así lo creen las gacetillas sobre el Rock & Pop Awards (un premio que se autodefine como “el rock que premia al rock”, que hoy será televisado por Telefé y tendrá la participación de Ratonés Paranoicos, Catupecu Machu, Gustavo Santaolalla y una banda sorpresa, entre otras cosas). El conductor Juan Di Natale, un histórico de FM Rock & Pop (95.9 Mhz), cree que las cosas son distintas: “La radio no se pone en el lugar de juez, es más que nada un festejo. Rock & Pop tiene más de 20 años y nunca tuvo una celebración propia. No veo que se tome el lugar de juez”, dice al **NO** el conductor de *Day Tripper*.



Para conformar la preselección, unas 80 mil personas votaron por las mejores bandas de los últimos 20 años. “Una vez conformada, se hizo una votación interna del staff de la radio”, cuenta Di Natale. Entonces, podría decirse que la radio pretende ser una especie de ágora donde discutir y pensar el rock.

“Me parece que este premio es relativo. Tampoco tiene un valor de verdad. Nosotros mismos no creemos eso. Estamos hablando de música y todo es una cuestión de gustos.” Entonces se le menciona la gacetilla y se defiende: “Vos sabés cómo son las gacetillas, una cosa es lo que dicen y otra es la sensación personal. Estoy contento de que esto se haga. Es un premio más, aunque para nosotros es especial porque votamos”.

Di Natale es más que consciente sobre el rol que ocupa esa radio en la industria del rock. “Acompañó la evolución del negocio discográfico, el rock y la industria.” Esa posibilidad de haber pasado de ser el “costado” del mercado al medio puede incomodar, pero es irremediable. Di Natale empezó a trabajar a los 22 años, y fue para él de alguna manera entrar en la vida adulta. “Trato de hacer mi trabajo de la forma más cómoda, trato de no traicionarme, y no estoy obligado por tener que promocionar shows de grandes estadios a decir que esos artistas en particular me gustan. Hay un acierto de la dirección artística de no haber invadido esa especie de subjetividad de cada conductor, siempre y cuando todos entendamos el juego.”

Sobre la avanzada de medios de derecha en el rock, Di Natale opina: “No comparto esa utilización, la derecha *cool* y con onda me irrita bastante, pero el rock no es de nadie”. Por otro lado, el grave problema de una votación tan ambiciosa es justamente el “recorte de época” de los votantes actuales. “Habría que ver cómo salen las votaciones, tal vez haya una reorientación generacional entre los nominados y los ganadores.” Hoy se verá, curiosamente, el primer premio Rock & Pop, pero sin estar confirmada la presencia de Mario Pergolini, quien pretende una salida decorosa de su aire hacia fin de año.

EL SKA JUJEÑO DEL HUMAHUACA TRIO

Charango con dientes

POR J.A.

En sintonía con la notable campaña de Gimnasia de Jujuy en el torneo Clausura, otra fiera de la provincia más nórdica de la Argentina está en plena temporada de zarpazos: se trata del Humahuaca Trío, que con una formación bien folklórica –charango, quena, guitarra criolla– toma por sorpresa al ska y al rock and roll, y obtiene canciones pícaras, pegadizas y potentes que los dejan cerca de los Cadillacs o hasta de los Clash. Aunque los integrantes de esta verdadera Corriente Clashista y Combativa del rock quebradeño son oriundos de Buenos Aires, decidieron radicarse en Humahuaca para, desde allá, denunciar los cambios globalizadores y el aluvión de mochileros por el Norte argentino, que llevaron a los changos –según su canción *¿Qué te pasa, Culiau?*– a reemplazar la chola por la gringa, y a preferir, a la hora de mascar, los chicles Bazooka antes que el mascado de hojas de coca.

Que es parte del conflicto de identidad que ellos mismos –después de todo, porteños trasplantados a Jujuy– también viven: “Yo estoy en la lucha, y no sólo porque me gusten los chicles –admite el charanguista Juan Cruz Torres, hijo del folklorista tucumano Jaime Torres– sino también porque me encantaría prescindir de muchos objetos que parecen necesarios, pero que nos dejan vacíos. Creo que al elegir vivir en Humahuaca comencé ese camino.” El cantante y guitarrista Apu Condorí apunta: “Yo coqueo desde los ocho años, es importante para mi vida; pero estaría bueno acercarse más a nuestra cultura ancestral. Nuestras canciones hablan de eso; de las contradicciones y los lados flacos que tenemos”. Y lo hacen con humor, como cuando se rien de los turistas que pasan por Jujuy con el frenetismo de los tours (*Humahuaca de pasada*); pero también con tragos agrios, como en *Indios*, en cuya grabación, para su disco debut **Humahuaca Trío**, participó Gustavo Cordera.

Los HT saludan, aunque con reservas, los vientos indigenistas-americanistas que llegan a la Quebrada de Humahuaca desde, allí nomás, Bolivia: “Al menos hasta hoy –no me olvido de que es político–, Evo Morales es un ejemplo, o más bien una esperanza, de cambio positivo”, apura Apu. ¿Y nadie se ofendió con su mirada –a veces maliciosa– de las tradiciones norteñas? “Siempre tenés gente a favor y en contra –responde Juan Cruz–, pero lo mejor es que no pueden compararnos con nadie.” Y Apu puntala: “En el fútbol hay tres resultados; ganar, empatar y perder; pero en la música hay tantos resultados como personas la escuchan. Hay que aprender a bancarse las opiniones distintas”.



MANU CHAO EN MENDOZA

Pasó por la calle (y saltó la acequia)

Luego de una agitada gira que comenzó en Cuba (en un multitudinario show frente a la Oficina de Intereses de Estados Unidos, y que incluyó un round en la famosa “guerra de los carteles” entre Fidel y el Departamento de Estado norteamericano), Manu Chao siguió por México, Venezuela, Colombia, Bolivia (un verdadero trip por los países “de cambio” en América latina). El fin de semana pasado, junto a su banda Radio Bemba, tocó el viernes en Jujuy y el domingo en Mendoza, en su paso hacia Chile y, entre otras visitas, alcanzó a pasar por el



bar de un viejo amigo (el bar del boxeador) que conoció una fría noche de mayo del 2000. Luego dio un show ante 5 mil personas en el Estadio Pacífico (probablemente el lugar con peor sonido de la provincia, pero por algún extraño motivo el único). Este domingo, en **Página/12**, se publicará una entrevista exclusiva con el músico franco-español, quien cierra su gira ese día en El Zócalo, de México, para encerrarse a terminar su próximo disco que saldrá en septiembre. En la foto, en un tramo del round boliviano.



LA TELEVISION JAPONESA ARREMETE

Nipones *for ever*

Concursos de flatos, catapultas humanas, empresarios borrachos cantando karaoke, celebridades que cuentan sus propios crímenes: la TV nipona se exporta, ahora, para caer mal en estómagos de otras latitudes.



POR FEDERICO LISICA

● ¿Recuerdan el capítulo en el que *Los Simpson* visitaban Japón? Allí, en un show televisivo, Homero y Cía. nadaban en un volcán con “ácido de naranja y wasabi”. Más allá del imaginario disparatado y exótico, al hablar de la TV japonesa la exageración es norma. “Puedo decir que es el entretenimiento preferido en nuestro país, está profundamente integrado a nuestra vida cotidiana”, palabras de Akiko Tanaka, ejecutivo del Departamento Internacional de Fuji TV, uno de los canales más exitosos de la isla, que junto a NHK y NTV se disputan la friolera de 120 millones de los teleadictos diarios. Según Tanaka, su programación es similar a la de cualquier otro rincón del planeta, la diferencia está en darles a los contenidos un barniz distintivo, típicamente japonés.

Chequeen las publicidades (con impensadas apariciones de celebridades de esta parte del globo) en www.japander.com y entenderán a este directivo televisivo. “Llama la atención cierta improvisación preparada y su sentido del ridículo. Aquí da gracia hacerse el tonto. Se busca constantemente la vergüenza ajena. Claro que nuestra mirada occidental siempre pesa”, afirma Jordi Jané, un catalán residente en Tokio que posee un site especializado sobre la TV de ese país (www.jpangaijin.com).

Piensen en un informativo matinal como *Desayuno*, pero con la parafernalia saracatunga de Nicolás Repetto, en el que a un repaso de las noticias le pueden seguir coreografías de Smap (los Backstreet Boys nipones), entretanto la pantalla arroja imágenes y palabras en colores furiosos. No, no es el videojuego *Pump it Up*, es *Mezamashi Terebi* (“La televisión despertador”), ejemplo de una TV que, a paso sostenido, está copando el paladar occidental.

Zapping Freak

Además de informativos, programas deportivos y otros de alto tinte cultural, la grilla se completa

con novelas, conocidas como *Doramas* (muchas de ellas actuadas por figuras del j-pop musical), *Jidaigeki* (ficciones históricas con guerreros y geishas), los infatigables animés y shows de entretenimientos. Y si el primer desembarco japonés en Occidente fue a través de cartoons con obsesiones atómicas recurrentes, hoy los programas de juegos son los que despiertan mayor adicción. La génesis fue a principio de los ‘90 con *Fûun! Takeshi Jô*, el show de Takeshi “Beat” Kitano, conocido en España con el sugestivo nombre de *Humor amarillo*.

El aclamado cineasta reinaba en un castillo rebotante de prendas al estilo *Supermatch* (rebotante en golpes y fracturas en cámara). El furor explotó con *Japanarama*, una colección de videos donde puede verse lo más gracioso, psicótico y kitsch emitido alguna vez al aire (concursos de flatos, catapultas humanas, empresarios borrachos en concursos de karaoke). El siguiente paso fue la exportación de contenidos. Tanto *Iron Chef* (una competición de cocineros) como *Viking* (atletas sobrellevando obstáculos en un domo) son sendos sucesos en la TV norteamericana. *Trivia* merece una mención aparte. En el show, acaso el mejor ejemplo del entretenimiento “made in Japan”, los espectadores envían conocimientos mundanos por dinero; cuanto más grotescos los datos, más yenes al ganador. ¿Sabías que un arácnido al tomar café realiza una telaraña más compleja? Sí, y se puede ver la prueba en vivo.

Mondo bizarro

Si la vida diaria se rige por duros estamentos y en las calles impera la competitividad salvaje, este tipo de televisión pareciera otorgar a los japoneses un terreno en el que todo está permitido (¿o será donde esas reglas muestran su cara más feroz?). Reptiles e insectos que caminan sobre

la cabeza de las mujeres, infantes filmados en cámaras ocultas mientras pasean por la ciudad librados a su suerte. Las acusaciones de sexismo, explotación y “entretenimiento basura” también están a la orden del día. La mayor polémica la desató *Kamingu Dauto* (“¿Alguna duda?”). El formato es similar a *Mentime que me gusta*, ese programa que condujo hace algún tiempo Ronnie Arias. Los “tarento” (mediáticos japoneses) cuentan sus secretos mejor guardados, y un panel debe averiguar si dicen la verdad. Una tal Abiru Yu rela-

tó su participación en un asalto con destrucción de un negocio y toma de rehenes incluida. ¡Y era verdad! La cadena tomó la decisión de borrarla de la pantalla. Algo habitual cuando una celebridad se pasa de la raya. Y claro, el show, cada vez, tiene más adeptos. Si próximamente por estas pampas, un ex gran hermano relata escabrosas confesiones, o si un conductor testea el sabor de una cucaracha en vivo, no se sorprendan... es un invento japonés. ■

>>> Secretaría de Cultura

CULTURA NACIÓN
SUMACULTURA



Memoria. "Fotos tuyas" de Inés Ulanovsky.

MEMORIA
A 30 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO.
UNA EXPOSICIÓN/CINCO PROPUESTAS

ALONSO.BEIBE.BUGGE.BIANCHEDI.CASCIOLI.CASTAGNA.
CEROLINI.CHORNE.DAYER.FAZZOLARI.FERRARI.GARCÍA.
GIECO.GONZÁLEZ PERRÍN. GORRIARENA.LUNA.MOLINARI.
MOSCONA.NOÉ. PANOSSETTI.PÉREZ CELIS.PESCE.PROVISORIO
PERMANENTE.REP.REYNOSO.SANTORO.SAPIA.SCHAPIRO.
TESTA.TRILNICK. ULANSKY.WELLS.

Fotos documentales y testimoniales, las recordadas tapas de la revista "Humor" y una muestra de creación colectiva inspirada en la canción "La memoria" de León Gieco, con la participación de más de 25 artistas. También, ciclos de cine, charlas y conferencias.

	DEL 23 DE MARZO AL 16 DE ABRIL De martes a domingo de 14 a 20 horas	ENTRADA LIBRE Y GRATUITA
	PALACIO NACIONAL DE LAS ARTES (PALAIS DE GLACE) Posadas 1725. Ciudad de Buenos Aires	

Secretaría de Cultura
PRESIDENCIA DE LA NACION

www.cultura.gov.ar

EL MUNDO DE LOS ESCRACHES

Que lo sepa el barrio

Detrás del escrache al dictador Videla, de alto contenido simbólico, hay diez años de militancia de H.I.J.O.S. A la espera de mayor Justicia “ordinaria”, esta vez estuvieron gritándole al asesino los nietos restituidos por el trabajo de Abuelas. El NO cuenta la trastienda.

POR FACUNDO DI GENOVA / FOTOS: BERNARDINO AVILA

● Jorge Videla se lo debe haber imaginado una y mil veces. Pero no debe haber acertado ni una. El ex presidente de facto, el reo y degradado teniente general, el homicida masivo y alvoso, el que hizo infame y terrorista al Ejército argentino, el responsable del plan de apropiación de bebés, el que pasa sus últimos días preso en su departamento de Belgrano, no sufrió esta vez un escrache más. Con la creatividad de siempre, pero con el fogonazo a pleno por el 30° aniversario del inicio de la última dictadura, la Agrupación H.I.J.O.S. convocó a escrachar a Videla, por segunda vez. La primera, sucedió en 1998. Ahora, (cuando ha pasado la cincuenta de escraches) adhirieron un centenar de organizaciones sociales y populares. Y fueron cerca de diez mil personas, sin contar los vecinos del barrio que vieron, y vivieron todo, desde sus balcones. ***



Hay un rumor que nadie quiere confirmar a las 15.17 de este sábado brillante, en J.B. Justo y Luis María Campos, justo cuando en el Regimiento Patricios la siesta ya es un hecho, hecho que durará muy poco. Parece que H.I.J.O.S., que ya cumplió 10 años, que de escraches sabe y mucho, tiene preparada una sorpresa. Van a traer una grúa, dice el rumor.

No sería extraño. Todos recuerdan la sorpresa del marino Astiz y su cara de “quiero ir al baño” cuando lo escracharon en la sala donde se lo juzgaba, camuflados como público. Tampoco sorprendería a los más memoriosos, que se acuerdan de las acciones del Grupo de Arte Callejero (GAC), que implementó las primeras “señalizaciones apócrifas” o, como refreca Antonio, las puestas en escena del grupo de teatro Etcétera: las improvisaciones teatrales, los simulacros de parto y el partido de argentinos contra argentinos —un clásico— que, junto a las bombuchas de pintura, tomaron protagonista durante los primeros escraches organizados por H.I.J.O.S. para desenmascarar a civiles y militares activos durante la larga noche que comenzó el 24 de marzo de 1976.

No; si viniera una grúa, no sería extraño.

Y más teniendo en cuenta que este barrio tiene unos cuantos símbolos que condimentan la reunión. En un radio de diez cuadras están Patricios, la Sastretería Militar, la Escuela Superior del Ejército, el Regimiento Granaderos a Caballo, el Hospital Militar y alguna otra repartición que a este cronista se le escapa. Videla está preso, pero en casa. Y bien acompañado. Que lo sepa todo el barrio. Videla goza de prisión domiciliaria. Y no está solo. En el mismo edificio —Cabildo 639— vive otro ex oficial del Ejército y ex gobernador de facto de Buenos Aires, el general de brigada Ibérico Saint-Jean, que trabajaba codo a codo con Ramón Camps, el de “vamos a matar a los subversivos, a sus simpatizantes y a los tímidos”. ***

Victoria Donda Pérez está motivada. Hace un año y meses recuperó su identidad, luego de una investigación de la comisión Hermanos de H.I.J.O.S. “Vamos a mostrar que cambió la coyuntura”, le dice Victoria al NO, entre los chicos de la Juventud Barrios de Pie. Y avisa: “Primero pasamos por el Hospital Militar, donde varias madres detenidas-desaparecidas dieron a luz”. Es ahí adonde Victoria leerá un discurso consensuado con las organizaciones de la Coordinadora Juvenil por la Memoria, cuyo lema es “construyendo el país que ellos soñaron”.

Son las 16.33 y parece que la marcha, que partirá desde la misma puerta de Patricios, seguirá por Luis María Campos hasta el Hospital Militar y doblará a la izquierda más adelante, para desembocar en la casa de Videla; luego de 23 cuadras de agite, está por arrancar.

No falta nadie. Las corrientes piqueteras, las universitarias, las artísticas y sociales. Las dos murgas, de Montserrat y Lomas



de Zamora, ya están agitando: silbatos, bombos y redoblantes, que empiezan a palpar lo que será un escrache memorable. Una vanguardia de seis motos, los “motokeros” se adelantan a la columna y van cortando las calles por donde pasará la gente. ¿La policía? Sólo dos motorizados, bien adelante, como para no caldear los ánimos. El control del tránsito queda a cargo de los “motokeros”, que están cebadísimo. Van, vuelven, aceleran, tocan bocina: no paran ni un segundo.

Suena un aerosol cometa. El camión con un trailer de 10 metros de largo, potente sonido, escenario móvil adaptado, empieza andar lento, adelante de todo, despacito. De sus parlantes suena *Familia rodante*, de Gieco. Cuando la cabeza de la columna, visible por la bandera de H.I.J.O.S. Regional Capital, llega a Dorrego y L.M. Campos, el final de la movilización está recién arrancando de la puerta de Patricios, señal de que hay mucha, mucha gente. Seis cuadras más adelante, espera la primera parada, el primer capítulo de este escrache: el Hospital Militar.

En el hall del hospital hay cuatro militares. Y uno de ellos, un mayor del Ejército, visiblemente preocupado. Habla por teléfono, pide algo, se contiene, flashea que le van a colar, que le romperán todo, se siente impotente. Desde dentro ve que miles de personas se detienen frente al hall y se amuchan en torno a la puerta. “30 mil veces volveremos”, escribe alguien en la entrada. El camión corta la avenida. Estalla el primer huevazo. De los 11 pisos del hospital, enfermeros y pacientes levantan persianas, corren las cortinas, miran; desde los balcones de los edificios, los vecinos también. El barrio está convulsionado.

Entre estallidos de cohetes, sapucay, cánticos y saludos, Juan Cabandié, uno de los últimos nietos que recuperaron su identidad por el trabajo de Abuelas, dice estar “muy contento por la profundización de las políticas de derechos humanos”. Y sigue. No se quiere perder de nada.

Mientras dos *servicios* se refugian en un quiosco de diarios y hablan por handy, los vecinos se siguen asomando, algunos se suman. Otros putean: este sábado no hubo siesta. “Venga vecino, venga a escrachar; si no hay justicia, hay escrache popular”, los arengan desde el camión.

“Seguimos exigiendo conocer la verdad de lo que pasó con las mujeres embarazadas que dieron a luz en este hospital. Seguimos exigiendo la restitución de todos los jóvenes que aquí nacieron”, se escucha la voz amplificada de Manuel o Claudio González (hermano de Gastón, el bajista de Los Pericos), que supo que era hijo de desaparecidos a los 19 años. “No olvidamos, no perdonamos, no nos reconciliamos”, grita.

“Sabemos que la verdad asusta, suma dolor al espanto, pero no hay alternativa. El dolor es profundo: no te preocupes, tenés muchos corazones al lado tuyo. Para elegir tenés derecho a saber, y para saber necesitamos la verdad”, dice de manera visceral, muy emocionada, Victoria Donda. Parece hablarles a cada uno de los casi 500 chicos apropiados por los militares, de los cuales sólo 82 conocen su historia.

La primera parte termina. El mayor del Ejército está más tranquilo. Un militar de civil que sigue todo desde una confitería se muerde los labios, no deja de mirar a Paula, integrante de la “población activa” que se sumó a H.I.J.O.S. hace tres años, que ahora cuelga un cartel en un poste frente al hospital: “Aquí hubo apropiación de niños”. ***

De la grúa no se sabe nada, por ahora. Son las 18.13 y la columna gira a la izquierda por Teodoro García y se interna en lo más paquete de Belgrano. Faltan diez cuadras para llegar al departamento de Videla. Es extraño: desde los balcones, sacan fotos. Teodoro García no será el Punte Puyredón, pero hoy se parece bastante. Diez minutos más tarde, los “motokeros” cortan Cabildo y Lacroze. Unas

El sol se va. La lectura a dos voces, con cadencia de vindicativa e intensidad militante, de los nombres de las más de cien —107 para ser precisos— organizaciones sociales, populares, gremiales y armadas que existían hace 30 años. La Juventud Peronista (JP) y el Movimiento Peronista Montonero (MPM) son las más vivadas.

De repente se escucha: “Hola, rata inmunda, estamos acá arriba porque vinimos a visitarte”. Las cámaras quedan descolocadas. Arriba, frente al 5°, Carlos Besone, que había estado coordinando la logística de la marcha, ahora le habla a Videla con un micrófono desde la plataforma de elevación, pero a quince metros del piso, justo frente a las persianas del departamento del represor. A su lado, Miguel, también miembro de H.I.J.O.S., opera los controles.

“Rata inmunda, rata inmunda, queremos que sepas que seguimos de pie”, grita Carlos. Y, luego de un discurso desde las alturas, en una especie de cara a cara, sobreviene el fuego libre. Son las 19.28. Y el ataque, podría decirse aéreo, donde los escudos policiales no llegan, se lleva a cabo tranquila y coordinadamente. Primero Carlos, después Miguel, agarrados con una mano de las barandas de la plataforma, lanzan con la otra las bombuchas con pintura roja. Son unas 30. Y hay buena puntería: 27 dan en el blanco en el 5° A, de Asesino.

“Me cagué todo, las alturas no son lo mío, pero estuve impresionante, la intención era que el departamento quede bien marcado. Creo que lo logramos. Estoy muy emocionado”, le Miguel dice al NO, con la misma cara de satisfacción de tantos otros miles, que ahora empiezan a desconcentrar. Antes del fin, sin embargo, un grito queda grabado a fuego: “Videla, la casa te quedó manchada con sangre!”. Poco antes, cuando Carlos Besone hablaba desde arriba de la plataforma y una de las chicas leía su discurso desde abajo, en el escenario del camión, a muchos se les erizó la piel: “¿Quién lo hubiera dicho: que hace 30 años esos bebés que apenas podían balbucear mamá y papá se iban a organizar para luchar contra la impunidad”. Seguramente Videla no lo hubiese imaginado cuando tenía el poder. Si estos pibes casi no existían en ese entonces. ■



HISTORIA DE LOS ESCRACHES

Largo camino

La idea surgió en un campamento en Córdoba, durante Semana Santa de 1995 y se materializó meses después, en un segundo encuentro que logró reunir a más de 400 chicos de entre 18 y 25 años, con el apoyo de Juan Gelman y León Gieco. Había nacido una organización que agrupaba a los hijos de desaparecidos, asesinados, exiliados y presos políticos de la dictadura: H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio). El 30 de abril de aquel año, se presentaron públicamente con una “carta abierta a la sociedad argentina”, en la que asumían la historia como a “un rompecabezas al que le faltan muchas piezas”. En diez años de existencia, se realizaron cerca de 50 escraches, sólo en Capital. La metodología se decide entre unos 300 militantes de H.I.J.O.S., que se juntan todos los años en encuentro nacional (este año se hizo en Córdoba), y cada dos meses se realiza un encuentro de delegados, donde se definen las políticas a seguir.

“Exigimos saber dónde están nuestros hermanos”, decían en pleno apogeo del menemato. Los nacidos en el ‘76 —ironías de la historia— votaban por primera vez y querían salvarse de la colimba. Y así, los integrantes de H.I.J.O.S. fueron sufriendo intimidaciones, amenazas, secuestros relámpago; establecieron el “Día nacional de la vergüenza” cuando el militar terrorista Bussi asumió como gobernador de Tucumán; fueron reprimidos en agosto de 1997 en La Rural, hecho que Menem calificó como “espectáculo diverso”; fueron activos participantes de la Marcha de las Antorchas, cuando se cumplieron 20 años del golpe; se negaron a participar del circo orquestado por Mauro Viale y el Turco Julián; fueron los primeros, y son los últimos, en escrachar al desaparecedor “Angel Rubio”, el degradado marino Alfredo Astiz. ■

¿Qué hicieron los músicos el 24 de marzo de 1976?

Claudio Gabis, en Boston

Anochecía sobre Boston. La nieve cubría todo y la temperatura era de varios grados bajo cero. Salí de la última clase para reunirme con mis colegas latinos en el hall del viejo edificio de la Berklee School of Music. Todas las tardes repetíamos el mismo ritual: irnos al pub más cercano para cerrar la jornada charlando, bebiendo cerveza y hablando de música y chicas. Desde lejos escuché a mis amigos y el tono exaltado de su conversación me sorprendió. Algo debía estar pasando. Me aproximé, todos me miraron serios. Me puse paranoico inmediatamente y repasé mis pecados recientes. ¿Habrían descubierto que robé unas salchichas y un dentífrico en el súper de la esquina? —¿Te has enterado? —preguntó Alvaro, un venezolano muy cheto.

—No. ¿Qué hice? —No hiciste nada, enano paranoico —replicó Gregorio, el uruguayo marxista con quien compartíamos casa—. Hubo otro golpe en la Argentina. Los milicos derrocaron a Isabelita. ¿Entendés, pelotudo? ¡Los fascistas tomaron el poder! Miguel, un bajista chileno cuyos padres zafaron de Pinochet cruzando a pie los Andes el día del golpe trasandino (el final 11 de septiembre), repetía la misma frase: “Ellos quieren abortar la revolución. ¡Ellos quieren abortar la libertad, tenemos que hacer algo!”. Se armó una tumultuosa discusión.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Fernando Blanco (Super Ratones), en Mar del Plata

Tenía unos 8 años, mi viejo ya no estaba en casa y mi hermano y yo ayudábamos con los quehaceres domésticos y con mi hermana chiquita. Estaba puesta la radio y otra vez repetían las juras de los militares. Jugábamos al fútbol en un patiocito y mi viejo nos llamó para que le ayudáramos a quemar algunos libros (me acuerdo de uno de Salvador Allende) y tirar algunos discos (yo pedí clemencia por el Basta ya! de los Quilapayún, que me encantaba) y después nos contó un poco lo que pasaba. Más tarde empecé a oír algunos nombres de conocidos que iban desapareciendo y conocí a Oscar en el colegio (guitarrista de Súper Ratones), que tenía al padre preso y sobrevivió de milagro.

Goy (Karamelo Santo), en Godoy Cruz

Ese día fui a la tarde a clases a la escuela de mi barrio, Godoy Cruz, en Mendoza. Cursaba segundo grado, mi tía —peronista como mi familia paterna— me fue a buscar a las 15 y estaba muy preocupada. Ya habíamos vivido con miedo por los gobiernos de Lanusse y Onganía. Mi mamá estuvo en La Noche de los Bastones Largos. Mi maestra estaba muy preocupada y se veía bastante tenso todo el ambiente. Unos años antes había ocurrido lo mismo, a la misma hora en el jardín de infantes, con la muerte del Pocho Perón. Como vivía al lado de la plaza céntrica, tanques de guerra y camiones habían cortado el frente de la Municipalidad. Mi tía volvió corriendo a casa y mi abuelo, que era político, se había ido de casa para estar seguro. Así pasaron esas horas. Durante meses, nadie pasó el lampazo en la vereda de cada Sargento Cabral, ni baldeó la acequia de tierra.

Juan Subirá (Bersuit), en Buenos Aires

Tenía 10 años y todavía no había arriado a la temperatura era de varios grados bajo cero. Salí de la última clase para reunirme con mis colegas latinos en el hall del viejo edificio de la Berklee School of Music. Todas las tardes repetíamos el mismo ritual: irnos al pub más cercano para cerrar la jornada charlando, bebiendo cerveza y hablando de música y chicas. Desde lejos escuché a mis amigos y el tono exaltado de su conversación me sorprendió. Algo debía estar pasando. Me aproximé, todos me miraron serios. Me puse paranoico inmediatamente y repasé mis pecados recientes. ¿Habían descubierto que robé unas salchichas y un dentífrico en el súper de la esquina? —¿Te has enterado? —preguntó Alvaro, un venezolano muy cheto.

—No. ¿Qué hice?

—No hiciste nada, enano paranoico —replicó Gregorio, el uruguayo marxista con quien compartíamos casa—. Hubo otro golpe en la Argentina. Los milicos derrocaron a Isabelita. ¿Entendés, pelotudo? ¡Los fascistas tomaron el poder! Miguel, un bajista chileno cuyos padres zafaron de Pinochet cruzando a pie los Andes el día del golpe trasandino (el final 11 de septiembre), repetía la misma frase: “Ellos quieren abortar la revolución. ¡Ellos quieren abortar la libertad, tenemos que hacer algo!”. Se armó una tumultuosa discusión.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres de la madrugada.

Quería telefonear, saber si mis viejos estaban bien. ¿Qué ingenuidad! ¿Cómo podían estar? Seguro que estaban tomando mate con bizcochitos de grasa, mientras escuchaban los comunicados militares que aseguraban que la Patria había sido liberada. Diez minutos de comunicación telefónica a cobrar y la voz esperanzada de mi viejo explicándome lo que él creía que pasaba, me sirvieron para confirmar que los míos, al menos, estaban bien. Mi cabeza olvidó la Plaza de Mayo. Volvió a mi casita bostoniana y cociné unos tallarines con “Hamburguer Helper”. Tomé mi guitarra eléctrica y me puse a estudiar, como todas las noches, hasta las tres

MUSICA EN LOS CELULARES, FETICHES DE CONSUMO

Los ring-tones nunca dan ocupado

En el país hay veinte “proveedores” de ring-tones y en el 2005 hubo, según la industria, “varios millones” de descargas. Este nuevo negocio crece, aunque los músicos apenas participan. La cumbia y el rock son los más bajados.

POR MARIO YANNOULAS

● Teléfonos como divertidas cajas musicales o inoportunos artefactos del demonio, fetiches del consumo joven que gambeteen des-niveles socioeconómicos. ¿Hace cuánto te diste cuenta de que en tu celular podía sonar tu tema favorito? Desde hace unos pocos años, al bombardeo hitero de los medios clásicos como la tele y la radio se agregó el de los teléfonos, y así en la Argentina quedó inaugurado un nuevo negocio –hace tiempo impensado– que mueve millones de pesos, e involucra a millones de consumidores y cientos de intérpretes y compositores. No es casualidad que esto pase justo ahora y obligue a la industria de la música a hacerse eco de las nuevas formas de difusión que andan por ahí asomando la cabeza.

En el país funcionan cerca de veinte proveedoras de contenidos para celulares. Diego Cassino, directivo de la empresa M-Joy Networks, estima que en el 2005 el total de descargas rondó los 9 millones en la Argentina, entre ring-tones, true-tones, wallpapers y sonidos fx. A un promedio de tres pesos por download, sólo acá este negocio movilizó cerca de 25 millones de pesos en un año. Una suma poco despreciable si se tiene en cuenta que los contenidos son apenas accesorios sin utilidad práctica.

¿Es una nueva forma de escuchar música, o apenas de difundirla? ¿Tiene algún vínculo con el desarrollo artístico? Un símbolo de este nuevo horizonte que se abre fue la entrega de los premios Toing realizada hace dos semanas en el Museo Metropolitano de Arte Moderno, en Palermo. La empresa más vendedora de tonos del país –tuvo más de 15 millones y medio de descargas en un año– decidió premiar a los temas con más cantidad de bajadas a lo largo del 2005 en una noche con aromas de jet-set. Se entregaron doce premios entre ring-tones y true-tones y, como era de esperar, los grandes ganadores fueron los de Miranda!, que se llevaron cuatro por el omnipresente *Don*. Según Lolo Fuentes, estamos ante una nueva forma de difundir la música y de apropiación de los temas por parte del público. “La industria está decayendo y éste es un buen modo de levantarla. Me divierten los ring-tones y me parecen creativos, está bueno escuchar cómo deforman las canciones, aunque en mi teléfono no tengo ninguna”, confiesa.

Fabián de la Rúa, creador de Toing, coincide. “Surgieron nuevas formas de vender y escuchar música, de hacer marketing, de promocionar los temas y las bandas en la Argentina. Miranda! vendió 80 mil copias de *Sin restricciones* (2004), cuando sólo el tema *Don* tuvo 550 mil descargas”, define. Sin embargo, según Eduardo Falcone, jefe del área de recaudación de Sadaic,

aunque la tasa de crecimiento del mercado de ring-tones es excepcional y no puede compararse con la del mercado de la música, en la Argentina el mercado de discos todavía es superior al de los ring-tones.

La relación con la industria varía según de qué tipo de tono se trate. Cuando sólo se hablaba de tonos monofónicos (un solo sonido que cambia) y polifónicos (hasta dieciséis a la vez), las compañías discográficas no participaban del negocio, pues allí se usan nuevas versiones aptas para el aparatito en cuestión. Las que sí participaron desde el principio fueron las editoriales, las encargadas de pasar los temas al papel y registrarlos en Sadaic. Luego, por cada vez que se reproduce públicamente la canción o se vende en forma de ring-tone, la editorial reclama los derechos para el autor y puede quedarse hasta con el 30 por ciento de ese dinero, dependiendo del caso.

Si bien en realidad los sellos ya habían entrado en el negocio con sus editoriales propias, la incursión más intensa llegó con los true-tones, o tonos reales, o mp3, es decir, fragmentos originales. A partir de ahí perciben ingresos por cada bajada, porque se trata de las versiones

taban muy interesados en difundir la venta de ring-tones. “Hace casi un año y medio empezamos a pensar en true-tones, y las discográficas no entendían muy bien de qué se trataba. Con los tonos clásicos se estaban quedando afuera de un negocio muy grande que quedaba entre nosotros y la editora, pero ahora saben que pueden entrar y se entusiasman”, asegura.

Por supuesto que, como en la mayoría de los negocios grandes, acá está todo pensado. Después de un exhaustivo estudio multi-ranking, las empresas trabajan sobre los temas que más suenan y fabrican sus versiones. “Los hacen músicos con teclados y programas midi. Al principio tercerizábamos el proceso, pero ahora la velocidad del negocio es tan grande que incorporamos músicos estables”, cuenta De la Rúa.

Cassino explica que en M-Joy tratan de captar las tendencias para un mercado que suele reducirse a un target de entre 15 y 30 años, abierto al nivel socioeconómico.

“Quizás hay un tema muy cool de música electrónica, pero a la cumbia y al rock argentino no hay con qué darles. Lo popular es lo más trascendente y nosotros investigamos en base a esos géneros. Tenemos un equipo especializado que mide la efectividad de todos los temas, los hits y los rankings”, explica. Ocho personas trabajan en España y una en la Argentina para evaluar la rentabilidad de los tonos, que no depende de la cantidad de bajadas sino del costo de venta, es decir, del monto de los derechos a pagar y otros recovecos legales de la industria discográfica.

Estamos, sin duda, ante un rubro que avanza más rápido de lo previsto. De la Rúa cuenta cómo sigue la historia. “En treinta o cuarenta días lanzaremos la bajada del tema completo por Internet, y después por el mismo celular, ésa es la meta para los próximos dos años. En América latina puede demorar, pero en ese tiempo no vamos a hablar más de ring-tones sino de tu música en tu celular, no va a haber más un celular y un iPod. Seguramente luego vendrá la bajada de videos.” ¿Se imaginan cuando un telefonito haga todo por nosotros? ■

“Lo popular es lo más trascendente y nosotros investigamos en base a esos géneros. Tenemos un equipo especializado que mide la efectividad de todos los temas, los hits y los rankings”, explica Fabián De La Rúa

registradas. En esos casos, la ganancia por tono bajado se distribuye entre el proveedor de contenidos, la editorial, la compañía y la banda en una proporción similar a la que se da con la venta de discos.” La venta de true-tones volvió más amigable la relación con las discográficas porque en esos casos suelen quedarse con cerca del 70 por ciento de la ganancia. El resto se reparte entre los proveedores y Sadaic”, revela Cassino. Dice que las compañías ajustan de a poco los porcentajes y entienden mejor el negocio, pero niega que las nuevas tendencias tengan que ver con lo artístico. “La gente no se baja los tonos para escucharlos, se trata más de búsquedas o afirmaciones de personalidad”, reflexiona. De la Rúa recuerda que al principio los sellos no es-

UNA PROPUESTA DE TALLERES GRATUITOS PARA JOVENES DE 18 A 30 AÑOS

INFORMES / TEL. 4132 3620 /
INFO@STUDIO-SHENKIN.ORG
INSCRIPCION /
WWW.STUDIO-SHENKIN.ORG



INICIO DE ACTIVIDADES > ABRIL 2006

INTERNET GRATIS PARA TODOS

CONECTATE AL

5078-7878

(Bs. As.)

USUARIO: TUTOPIA / CONTRASEÑA: TUTOPIA

Más información y números de acceso en
www.tutopia.com

Llamanos al 0810-888-1111 (Bs. As.)
o al 011- 5239-5239 (otras ciudades)
y te ayudamos a conectarte



